

ESCRITORES ISLEÑOS

Páginas de
Manuel Verdugo

Introducción por

Mariano Daranas y Víctor M. Sola

J. M. Alzola*
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

LIBRERÍA HESPERIDES,—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

S. M. Nicola
12 de agosto
Por el orden de Sr.

MANUEL VERDUGO

En una vieja ciudad canaria, lugar de limpia y aristocrática tradición —San Cristóbal de La Laguna—vive este mago del verso, este hombre excéntrico y genial. Su recuerdo perdura todavía entre cuantos prestigios literarios le conocieron—hace ya muchos años—durante la estancia del poeta en la Corte. Verdugo fraternizó con el divino Rubén en París, derrochando en las noches de Montmartre el caudal de una crecida herencia y el oro desbordante de su juventud. Del mágico trovador de la «Sonatina» conserva Verdugo unas rimas primorosas, excelsas, que Rubén escribiera de puño y letra, con mano temblorosa, tal que la de Verlaine.

Enclaustrado en La Laguna, ciudad melancólica, en la que los siglos dejaron pétreas huellas de su elocuencia muda, nuestro amigo contempla ensimismado, la procesión monótona de sus días. Al filo del atardecer, Verdugo recomienza inexorablemente su cotidiana peregrinación, trasunto pobre de aquellas fastuosas andanzas en las urbes europeas donde existen «cabarets» diabólicamente iluminados que prodigan al noctámbulo la ardiente caricia de unos brevajes polícromos y venenosos. Unamuno resumió su visión de la población isleña, diciendo, sobre poco más o menos, que es una calle larga, estrecha, por donde marcha un cura con el paraguas abierto, y en la cual al paso del transeunte se abre sigilosamente un postigo. Olvidó otros muy notables aspectos nuestro admirado don Miguel. Bien que podría argüir la brevedad de su permanencia—no rebasó de unas horas—en la interesante Agüere. Olvidó el autor del poema al Cristo de Velázquez la vega espléndida, fragante, surcada por umbrosas alamedas que cierra en la lejanía la decoración de unos bosques resonantes y armoniosos, olvidó la pensativa serenidad de los centenarios árboles urbanos y la profusión multicolor de unos jardines antimurales: olvidó, por últi-

mo, la severidad, noblemente intelectual, no monjil ni amanerada, que exhala el ambiente lagunero.

Porque no creáis que La Laguna es una copia o imitación de villa castellana donde la existencia, al cabo de los días, pone luto y congoja en el alma. Asentada en cimientos de antigüedad va ensanchándose y adquiriendo un tono amable de frívolo modernismo que no borrará del todo, felizmente, sus rasgos fisonómicos tradicionales. Allí habita Manuel Verdugo, poeta y pensador de un escepticismo refinado. En la plenitud de su vida y de su obra, cuando el artista abarca los panoramas objetivos con fecunda y soberbia mirada, y está mejor concertada y dispuesta su morada interior, Verdugo medita, rodeado de un armonioso coro juvenil que no le comprende, pero que le ama y admira. De vez en vez, envía a «La Esfera» alguna poesía. Luego, silencio; un silencio que se prolonga meses y meses y del cual se diría que es la ofrenda de un gran cerebro a la musa estéril de la renunciación y el pesimismo.

¿Hemos dicho pesimismo? La silueta altiva y enigmática de este bohemio, que es, por ascendencia y personalidad, un gran señor; la frialdad de su expresión que acentúan los

detalles del «monocle», inducen a creerlo así. Muchos de sus versos y el melodrama «Lo que estaba escrito», estrenado por la compañía de Luis de Llano, confirman aquella interpretación del credo de su autor.

En «Lo que estaba escrito», los personajes representan, más que criaturas, símbolos vivientes—aquí del concepto ibseniano del simbolismo—rotulados moralmente por los caprichos de la Fatalidad, que si unas veces encarna la acción tutelar de la Providencia, otras, como en la obra, degenera en hado adverso a los ideales del hombre. Los seres humanos, según esta concepción, somos juguetes del azar, y es inútil que forjemos sueños de ventura y anhelos de perfección moral porque un mal día la mano torpe y certera del Destino destruirá alevemente e inesperadamente nuestras ansias de felicidad.

Frente a esta afirmación de Verdugo, yo opondría otras del mismo autor, de franco y austero espiritualismo. En «Vértices luminosos», soneto de profunda intención religiosa, la inspiración del poeta abre sus alas como un ave que volara, rauda y sedienta, a beber en el místico azul. En su mismo melodrama, el proceso de la acción, aunque su desenlace roce en un final fatalista y desola-

dor, está impregnado de un visible anhelo de cristiandad, de una tortura íntima de las almas que pugnaron por abandonar sus cárceles sombrías.

En su lejano retiro, Verdugo deshoja, con largas intermitencias, las rosas de su inspiración helénica. Porque este noble cincelador del verso, posee como ninguno, un pasmoso conocimiento de la Grecia legendaria y el don baseptismal de la armonía latina. En el silencio de su estancia, el vate oye, sonriente, consejos e instancias en determinación de un viaje a Madrid. Verdugo, aunque su ideal está muy distante del «áurea mediocritas» horaciano, se encoge desdeñosamente de hombros ante los requerimientos de «las largas trompetas» de la fama. Eso no va con él. Su inadaptación, que no es externa ni se debilita en gestos y desplantes, se enrosca a la originalidad casi agresiva de su temperamento. Prefiere seguir en su soledad, en su disconformidad espiritual, disimulada por una cortesía sobria y afable de todos y contra todos.

Pero este hombre, que habitualmente pone en sus palabras acentos de irónico desengaño, habla de sus amistades grandes o humildes con exaltado fervor. El humorismo

no malogra en él la lealtad, caballerosa condición de los varones bien nacidos. El recuerdo de amigos que como Jacinto Benavente no dejaron que el tiempo enfriara cordiales afectos, vive en Verdugo unido, en lazo cariñoso, a la más fiel admiración. Es una nota hidalga de su psicología y no la menos disconforme con la índole ingrata y veleidosa de mucha gente.

Mariano Daranas

EL POETA

De esto hacé ya algunos años.

En los bellos jardines del hotel Pino de Oro, unos poéticos jardines en los que todo parece hablar de amor: fuentes, flores, cielo y aire; en los que la sombra discreta de los árboles y el refugio amable de unos lindos coquetones cenadores parecen invitar a recitar idilios de Teócrito o églogas de Virgilio, junto a una de esas lindas muñequitas que os escuchan temblando de amor, el poeta, después de saborear su whisky, comenzó la lectura.

En pequeño círculo de amigos nos dispusimos a escuchar al rimador. Ildefonso Maffiote, el cronista brillante, inclinóse hacia atrás

en su silla. Ramón Gil Roldán, el abogado todo nervio, cuyo estilo incisivo restalla en ironías y sutilezas, demandó al camarero una copa de ginebra con que refrescar su gaznate; y yo, que en aquella peña minúscula de intelectuales, figuraba como un modesto admirador, sin poder ostentar título literario alguno, encendí un cigarrillo.

Verdugo comenzó. Leyó con admirable entonación sonetos y madrigales, epigramas y elegías, cantos optimistas compuestos en momentos felices, y gritos desgarradores del alma, concebidos en instantes de desaliento; y en todas sus composiciones, brotando la inspiración (don precioso que da la pícara casualidad, que suele faltar a un gran número de copleros que se llaman poetas en delicados conceptos, en imágenes bellísimas, en palabras que invadían fúlgidas armonías llenas de viva fantasía y de hondo sentimentalismo. En las rimas de este artista flota la poesía envuelta en los cendales transparentes de la belleza y la elegancia. Es espontáneo, sin ser artificioso; culto, sin ser pedante; natural sin ser vulgar, y es algo más que todo eso: es versificador y poeta a la vez. En sus composiciones, la poesía, una dulce poesía tierna y sentimental, va engalanada con los pri-

mores de una métrica perfecta. No es un ramplón que hace versos; es un poeta que rima pensamientos estéticos.

Oid estos sus delicados versos:

«La demencia de Hamlet, fué fingida;
la locura de Ofelia, fué real:
Hamlet es un espejo de la vida,
y Ofelia es ideal.»

Todo el fondo de esa maravillosa tragedia del inglés inmortal, vibra en esta composición sencilla y armoniosa. Todos los volúmenes de exégesis y comentarios que la obra de Shakespeare ha dado por resultado, se pueden resumir en lo que al alma de Verdugo sugiere la visión del príncipe de Dinamarca y comenta en esos versos sencillos.

Alguna vez la musa del poeta, como una mujer voluble que, cansada de sentir la dulce languidez de un amor enervante, flirtea maligna, le sugiere esas composiciones ligeras, llenas de gracia y donaire, que su autor titula «Burbujas». Una muestra de esas burbujas es la siguiente:

«Leo: «Al prójimo amarás
como te amas a tí mismo».
Voy a ver la «Fe de erratas».
¡No la tiene el Catecismo!»

Aquella tarde, cuando la luz violada del crepúsculo comenzaba a caer sobre el eglógico jardín del hotel tinerfeño, Verdugo cesó de leer, bebió su último whisky y abandonamos el hotel para bajar a la población.

Por la noche, en el Club, las muchachas bailaban y reían. En mi imaginación bullían las rimas finamente áticas de Verdugo. La orquesta ejecutaba uno de esos admirables «nocturnos» de Chopin, tan sutilmente sentimentales, que en aquel momento me pareció más hermoso que nunca. Subí a la terraza. Frente a mí, el mar tranquilo, sin que una ola rizase su superficie tersa, evocó una composición de Verdugo:

«En la terraza del jardín desierto
contemplamos el mar: parece muerto,
como tu voluntad, como la mía.
¡Aun luce Venus: su fulgor incierto
es de una plácida melancolía...»

Y sugestionado por la dulzura melodiosa del «nocturno» y los versos del poeta, la «nave de mi fantasía dirigió su proa» al infinito de la belleza, del amor, del ensueño.

Victor M.^a de Sola

SILUETA

MANUEL VERDUGO

De gusto depurado, de perfección modelo,
con una visión clara del arte y la hermosura,
maestro de la lírica, descuella en la pintura,
a guisa de los vates del sevillano suelo.

Un día—¿a quién no atrae cual seductor señuelo,
si es joven y poeta, romántica aventura?—
a Italia fué en buen hora, y aun la emoción le dura:
¡que Italia es al artista, lo que al creyente el cielo!

De su paleta brotan la luz y los colores,
el mar y las montañas, las selvas y las flores,
paisajes y figuras de realismo sano;

y su robusta estrofa, que ni un descuido afea;
contiene con holgura la imagen y la idea
y todos los matices del pensamiento humano...

Antonio Zero

Julio de 1919.

De la obra en prosa de
Manuel Verdugo

CARTA A UN AMIGO POETA

Día V del final del mes de Thargelión de la DCLXXI olimpiada.

Alegría y prosperidad.

Pompeya resucita al culto órfico. Tú eres su nuevo Apolo: Salve, Luz.

Te he soñado con la lira de siete cuerdas, despertando todas la armonías de lo infinito, y he visto partir de la calle de las Augustales el cortejo de los iniciados y de los servidores de Venus que iban a ofrendarte sus bellezas impúberes en la primera grada del templo...

La causa de haber comenzado mi carta como has leído no obedece más que al deseo de saludar en forma adecuada a un espíritu hermano del mío en ideales, porque tú, como yo, vuelves nostálgico los ojos a los sagrados

restos de la Acrópolis ateniense que son las ruinas de nuestra patria en el pasado.

Decía Empédocles que se acordaba de haber sido árbol, pájaro, después mujer, y finalmente Empédocles. Pitágoras afirmaba haberse llamado Euforbo en el sitio de Troya y de haber sido herido por Menelao. De Euforbo pasó su alma al cuerpo de Hermótimo, después al de un pescador, y al fin reencarnó en el gran filósofo samiense.

¿Quién sabe si nosotros antes de la fase actual de nuestra existencia, hemos paseado bajo los plátanos de la Academia y hemos aclamado al hermoso y valiente Alcibiades, triunfador en las carreras de carros de los Juegos Olímpicos?... O por el contrario: ¿no acompañaríamos a Sócrates, cuando con refinada malicia preguntó a los esclavos del elegante aplaudido, dónde estaban «los vencedores», no el «vencedor», y pidió que le condujeran a las caballerizas, y allí ante los caballos que habían corrido, los saludó con respeto, y los cumplimentó por la gloria que acababan de adquirir, haciendo que les recitaran la oda que Eurípides había compuesto en honor de Alcibiades?...

¡Qué amenas fantasías!

Ése romántico latido de nuestros corazones

por el fantasma adorable de la Madre Grecia, ¿Será una vaga reminiscencia de otros tiempos más felices en que nos estremecemos ante la majestad de Palas en el Partenón y hemos sentido la voluptuosa embriaguez de aquellos vinos de perfume y sangre que amaba el viejo Anacreonte?... •

Al leer los versos que me envías, me pareció que orea mi frente un soplo embalsamado del sacro bosque de Delfos... ¿Cómo la cera de tus tablillas no se ha derretido cuando escribiste en ellas con «stilo» candente esa férvida escolia que parece inspirada por el propio Eros?

En el «Agora» he oído decir algo de lo que opinas respecto a mi pirronismo y a mi modo de cultivar el trato de las musas. Sé que los atenienses son ligeros, inconsecuentes y burlones; pero tienen en la mano la trompeta de la fama y son los dispensadores de la gloria...

Concluyo porque termina la segunda vigilia de la noche, y he de levantarme con Helios para ir a Esparta, (es decir a Santa Cruz de Tenerife).

Pásalo bien. Sé feliz.

Manuel.

DEL DIARIO DE UN VIAJE.

CAMALDOLI

Camaldoli es un pequeño convento de benedictinos situado al N. O. de Nápoles, a 158 metros de altitud.

Lo he visto esta tarde, después de almorzar, atraído por las bellezas del paisaje que desde aquella cima se descubre.

Dejé el coche, y tras diez minutos de caminar en un sendero polvoriento, guiado—quieras que nó—por una pobre mujer fea, gorda y embarazada, llegué a la puerta del convento donde gracias a la circunstancia de estar prohibida la entrada al sexo débil, perdí de vista aquella especie de dragón-hembra que me acompañaba. Es verdaderamente desesperante la tenacidad, la «pesadez» con que en esta ciudad de turismo, tratan de imponer

sus servicios los cocheros de punto, los cicerones y aún otros «pájaros de cuenta», cuyas oficiosidades Cervantes creía indispensable en toda república bien organizada, con la diferencia de que estos últimos lo hacen en voz baja, porfiada, pero discretamente y los otros a gritos o poco menos. Sin incurrir en exageración puedo asegurar que, cierto día y durante veinte minutos, aproximadamente, un auriga que guiaba un carruaje despintado y sucio me siguió por calles y plazas invitándome a conducirme, sin que mi inquebrantable mutismo influyera en lo más mínimo para que me dejara en paz. No tuve otro remedio que subir al apestoso vehículo—; quién piensa en los microbios en un caso desesperado!— para evitar que mis nervios sufrieran un peligroso trastorno.

En otra ocasión, hallándome en la Galería de Humberto I, ante el escaparate de una librería, cierto pájaro de cuenta, de esos a que acabo de aludir, se situó a mi vera susurrándome al oído para que aceptara sus «mercancías»... Y eran éstas tan «variadas», tan desconcertantes y de tal calidad, según sus ponderaciones, que lamenté mucho no me hubiese mostrado un catálogo con precios detallados y más detalladas fotografías... Indu-

dablemente, tal muestrario sería algo interesantísimo, aunque peligroso en manos de personas distraídas que se dejan las cosas olvidadas en el diván de un café o en los cajones de la mesa de noche...

El sujeto en cuestión, ostentaba unos formidables mostachos muy negros y retorcidos, una estatura imponente, un abdomen arrollador y... una voz melíflua y acariciadora... ¡Pintorescos napolitanos!

Doblemos la hoja... de parra y volvamos a la entrada de Camaldoli el viejo convento de benedictinos.

Me recibió un religioso de blanco hábito y blancas barbas; un anciano afable que me enseñó la iglesia pobre y limpia y las humildes celdas de los pocos monjes que aún habitan aquellas soledades. En una de estas celdas de albas paredes y pavimento de toscos ladrillos desgastados, ví un cuadro con un autógrafo del Kaiser Guillermo II, recuerdo de su visita reciente al cenobio. Debía desentonar un poco el orgulloso empaque del omnipotente y teatral emperador en aquellos pobrísimos aposentos. Después mi amable guía me condujo al huerto donde contemplé el panorama más hermoso que puede imaginar

un pintor-poeta enamorado de esta divina Italia.

A los rayos del sol, ya muy bajo, dominaba el golfo de Nápoles, el de Pazuoli, el lago de Agnano, los cráteres de Solfatara, Astroni, Campiglioni, Angliano y Fossa Supara, la isla de Nícida, la de Prócida, Schia y al sur la que fué residencia favorita de Tiberio: Capri... Una inmensidad donde rimaban todas las tonalidades con el verde de los valles y de las colinas, bajo la lluvia de oro del crepúsculo.

Yo permanecí un gran rato, silencioso, mirando como hipnotizado aquel grandioso panorama, aquel pedazo del Paraíso de la Campania, la tierra de mis ensueños... «¡Qué hermosísimo es esto!... ¡Bendito Nápoles!», exclamé con todo el entusiasmo que me rebo-saba en el corazón. El benedictino me miró como si hubiese blasfemado.

—¿Es usted de aquí?—le pregunté por decirle algo.

—No—respondió bruscamente—soy de Verona.

Y tras un rato de silencio añadió:

—¡Nápoli! ¡Nápoli!... Conozco una profecía de un santo que dice: «Nápoles será bo-

rrado, un día, de la memoria de los hombres.» De Nápoles no quedará nada...

Y los ojos del monje, unos ojos fatigados, tal vez de haber visto muchas miserias, se apartaban de la ciudad impura y parecían descansar allá lejos, donde el azul del mar Tirreno se fundía suavemente con el azul del cielo...

Entre tanto, yo aspiraba a pleno pulmón el olor de la tierra húmeda y la fragancia de los rosales en flor que envolvían en un vaho caliente y sensual la austeridad del monasterio.

Y miré la venerable figura del religioso con una mezcla de respeto y de compasión. ¿Cuántos años llevaba en aquel aislamiento...? ¿No es horrible esa casi reclusión, ese renunciamiento a todo lo que pueda hacernos amar la vida?... Y ese sacrificio debe ser una tortura si se tiene constantemente ante los ojos el luminoso, el risueño panorama de la ciudad, que opone a las sordas amenazas de muerte del Vesubio, un coro alegre de risas y de canciones y se tiende a las ardientes caricias del sol como carne palpitante y tentadora...

No, no envidio a estos respetables monjes...

¿Y qué saben ellos?... ¿Y qué sé yo?...

Tantos siglos—¡tantos!—sin que la complicada jerigonza de todas las filosofías nos resuelva nada. Hamlet, con la calavera del bufón Yorick, en sus manos, es el símbolo más bello del hombre crispado de angustias, ante el eterno enigma.

¿Qué saben ellos?... ¿Qué sé yo?

No me atrevo a interrogarlo por temor a que no puedan contestarme a mí—¡pobre iluso!—que vago por el mundo sin más culto que el que guardo en el fondo de mi corazón por un ideal que ha muerto con la Madre Grecia.

Y en aquel huerto fragante, ante la pálida figura del anciano, místico visionario, pensé en las blancas estatuas que había visto allá, abajo; las blancas estatuas eternamente bellas y mutiladas, como los restos de una raza de dioses vencida para siempre por aquel a quien increpaba Juliano moribundo.

¡Ah, si el buen religioso hubiera podido leer en mi pensamiento, no hubiera estrechado mi mano tan cordialmente como lo hizo cuando me despedí de él para volver a la ciudad voluptuosa, ya casi entrada la noche; una de esas noches napolitanas tan apacibles, tan dulces...

EL MATRIMONIO Y LOS POETAS

A mi amigo Francisco González Díaz.

—¿Qué opina V. del matrimonio, mi querido poeta?...

El amigo de las musas (que distaba mucho de ser un Apolo en lo físico) me miró un poco sorprendido, encendió un veguero infernal, y después de arrellanarse en la butaca y de acariciar su melena absalónica con las manos pálidas y aristocráticas, me habló de esta manera: Creo que la felicidad brilla en el matrimonio, mientras no se extingue ese amor que sólo se alimenta de intangibles anhelos y de esperanzas irrealizables. Por eso muchas veces la bulliciosa comitiva de una boda me ha parecido el cortejo de un amor que llevaran a enterrar. A ciertas almas inquietas, que se embriagan con la di-



námica de las pasiones, almas semejantes a esas aves que con las alas extendidas se dejan arrastrar por las ráfagas de la tormenta, la fiel y sosegada correspondencia de su amor, llega a cansarles como la visión monótona de una llanura interminable.

Un hombre se enamora impetuosamente de una mujer, la corteja durante cierto tiempo, y se casa, sin detenerse a inquirir si las raíces de su pasión, que él siente en el corazón enroscadas, son raíces firmes, profundas, como las de árboles seculares que con los años se robustecen más y más, o si son cual las de esas vistosas enredaderas, cuyas brillantes flores nos seducen; pero que solo tienen la efímera vida de una primavera. Ese hombre, en los primeros meses de su matrimonio gozará la dicha de una posesión largo tiempo ambicionada. Será feliz. Luego, su pasión se transforma, insensiblemente, en un afecto más tranquilo. Su alma, violentamente agitada antes, reposa ahora voluptuosamente en una grata serenidad; pero la certidumbre de su dicha va poco a poco cercenándola encantos, y llega un momento en que ya no la aprecia en su pristino valor. Transcurren los años. La mujer se ha despojado de todas los tórridos atractivos de la amante. El esposo

no ve en ella más que a la madre de sus hijos, la abnegada compañera de su vida, la que con él comparte penas y alegrías. Quiero suponer que los niños se críen sanos y hasta que sean guapos. Nuestro hombre vive en dulce quietud; parécele estar gozando de los efectos de un baño tibio. Cuando llega a su casa fatigado y lee «La Correspondencia», en pantuflas, a la luz de la lámpara familiar, le parece que el objeto de su existencia se ha realizado. Si dos enemigos, que se tienen por irreconciliables, fueran arrojados, por un naufragio, a una isla desierta, las vicisitudes de su forzoso contubernio llegarían a hacerlos dignos de figurar en el Zodíaco como «Castor» y «Polux»... Algo de esto le ocurre a nuestro matrimonio. La mujer, inseparable compañera del esposo, llega a serle imprescindible y él piensa: «¿Cómo podría vivir yo sin ella?...» «¡Cuánto nos amamos!...» El hábito se confunde algunas veces con el amor.

El sujeto en cuestión trabaja, sostiene decorosamente a su familia con ese trabajo, y siente una noble satisfacción, «la satisfacción del cumplimiento del deber»; pero esto no es la felicidad... La felicidad era «aquello otro»; aquellas noches en que no se con-

ciliaba el sueño pensando en una sonrisa o en un furtivo apretón de manos; aquellas cartas besadas y leídas mil veces; aquellas conversaciones sostenidas a media voz e interrumpidas bruscamente; aquellas pláticas en que los silencios son más elocuentes que las palabras, porque todos los tiempos del verbo amar no bastan para expresar lo inefable; aquellas divinas horas en que el alma se repliega en sí misma para saborear egoístamente su goce, en que se cierran los ojos para ver mejor la imagen adorada y ausente; aquellos celos imaginarios, pajarracos que manchan el cielo de la dicha sin saber dónde posarse, para que luego brille más puro; aquella ansia febril que nos acaricia y nos tortura a un tiempo, y que nos impulsaría, para conseguir el objeto anhelado, a realizar las más locas empresas...

¿Qué queda después de toda esta brillante visión de deslumbradores reflejos?... Queda sólo una girándula medio apagada, que gira y gira monotonamente esparciendo una apacible claridad entre dos almas que marchan al mismo paso. Por eso hay tantos hombres que siendo envidiados esposos y padres de familia, dejan su hogar de cuando en cuando cansados de la macilenta luz de la girándula,

para recrearse con el magnífico espectáculo de un castillo de fuegos artificiales... Y lo malo es que algunos no toman las debidas precauciones y les arde el pelo. No sé si habrás notado en ciertos pacíficos hogares, ese alarmante olorcito a cuerno quemado...

El poeta calló, encendió otro veguero más infernal que el que había fumado, se puso el gabán y se despidió precipitadamente. Ya en la puerta se volvió a mí, y dándose una palmada en la frente me dijo:

«¡Ah! se me olvidaba: no dejes de recoger los originales que tengo en la Redacción. Estaré ausente de Madrid unos días. Mañana me caso.»

UN LIBRO DE VERSOS

Siempre que tengo ante los ojos un libro de versos, sobre todo si estos son los primeros que arroja a la voracidad de la crítica un poeta joven, me viene a las mentes aquella frase de Honorato de Balzac: «Analizar cuando es preciso sentir es propio de las almas sin alcances». Hay algo de profanación en el hecho de examinar fríamente la euritmia de una composición poética como el que se detiene a medir las proporciones de la nave de un templo, mientras resuenan suaves o imponentes los acordes del órgano y en el Altar Mayor atrae con fuerza divina el misterio del tabernáculo.

La poesía de Francisco Izquierdo es como el agua que

«por la acequia corre trenzando armonías»
és

«clara como el rumbo de un buen pensamiento,
limpia como el sueño de una niña casta;
ingenua, gozosa
y un poco azulada...»

Izquierdo pertenece a la nueva generación
que iza la bandera de la espiritualidad sobre
los escombros de un materialismo que no vol-
verá a levantarse. Oid lo que dice:

«Amo lo bello, lo grande; al fuerte y al que se
[humilla;
tengo un alto amor: mi dama, y otro más alto:
[Castilla:
y sobre todas las cosas amo a Dios Nuestro Se-
[ñor.»

Esto, en boca de un poeta, de un poeta de
veinte años; es admirable...

Adelantándose a la crítica dice también:

«Entre los recios pilares del saber puse mi tienda
a la sombra recatada de Fray Luis y de San
[Juan.»

Y yo añadiría que, de vez en cuando, le
place abandonar su tienda y, tras de hacer
una respetuosa reverencia a Santa Teresa de
Jesús, da un paseo por la austera tierra cas-

tellana en busca de Ricardo León y de aquel poeta admirable que se llamó Gabriel y Galán. Y eso ¿qué debe importarle al místico cantor del «Caballero errante»? ¿Acaso menoscaba sus relevantes méritos de brillantísimo poeta? ¿Ha existido un autor que fuera absolutamente original? El mismo Ricardo León no lo es sino, en apariencia. Resucitar un estilo no es crearlo. Campoamor, el más personal de nuestros poetas, fué tildado de imitador servil, y para defenderse de tal acusación escribió aquella deliciosa «Poética» donde hay postulados exornados de humorismo y paradojas dignas de don Miguel de Unamuno. De ese libro copio este párrafo que debieran leer todos los «liróforos», pero con la condición de olvidarlo enseguida:

«Dice Musset: Me acusan de que tomo a Byron por modelo. ¿Pues no saben que Byron imitaba a Pulci? Si leen a los italianos verán cómo los desvalijó. Nada pertenece a nadie; todo pertenece a todos; y es preciso ser ignorante como un maestro de escuela para formarse la ilusión de que decimos una sola palabra que nadie dijese antes. Hasta el plantar coles es imitar a alguien.»

Todo poeta, al comienzo de su vida literaria, se encuentra en una encrucijada; to-

mar el mismo camino que siguiera determinado escritor no es ser plagiarlo; es simplemente tener con él afinidades mentales y preferir el panorama que le brinda la ruta elegida al que pudiera contemplar desde otra cualquiera. Sería plagiarlo si marchara adaptando sus pies a las huellas de los que le han precedido.

Además, ¿hay algo más complejo que la personalidad literaria de un poeta?... Si éste es muy joven, no puede tenerla, salvo contadísimas excepciones. Tal personalidad está constituida por infinidad de influencias de otros poetas a los cuales un alma sensitiva no puede sustraerse. Esas causas externas, a la larga llegan a cristalizar, a formar el molde de donde surge el extraño «yo», heterogéneo e indivisible. El afán prematuro de singularizarse, el vanidoso y huero deseo de originalidad, ha convertido a muchas lirras en grotescos guitarrillos destemplados, cuyos mástiles se adornan con madroños y caireles, vendas de momia egipcia y horribles flores de trapo... Muchos de los que padecen la ridícula manía de ser inconfundibles, concluyen por conseguirlo a fuerza de desafinar.

De esta verdad pueden dar fe los «futuristas» capitaneados por el vesánico Marinetti:

un «petit» Eróstrato que quiere quemar todos los museos artísticos de Europa y que, tropezando sin duda con serios inconvenientes para la realización de sus planes, se ha contentado con «echar pestes» de la pestífera Venecia y adoptar una «pose» inofensiva: retar nada menos que a las estrellas... Esta cuadrilla de bardos cuyo «programa»—como ellos dicen—no puede ser más hilarante, ha logrado hacerse famosa y que la prensa mundial se ocupe de sus extravagancias.

¡Si todos los literatos tuvieran presentes aquellas palabras del insigne autor de «La noche del sábado»: «¿Queréis parecer originales? Que el sentido común os inspire; ¡siempre diréis algo nuevo...!»

El que conozca íntimamente a Izquierdo, reconocerá en su libro una cualidad que en los tiempos que corren puede calificarse de mérito extraordinario: el estar escrito con una inquebrantable sinceridad.

Marzo de 1912.

(Del prólogo de «Alta plática», libro de poesías de Francisco Izquierdo).

«TOP».—(Cuento)

La breve y maravillosa historia que voy a relatar, o sea referir a un compañero de viaje—amigo encantador, dotado de una imaginación brillante—cierta noche lluviosa en que distraímos el fastidio de una larga espera en una estación ferroviaria, con una charla heteróclita que, al principio, versó sobre los impuestos de consumos y terminó desmenuándose en las ideales regiones de la Metafísica.

Debo advertirte ante todo (me decía mi amigo) que no pertenezco a la «Sociedad Protectora de los Animales», ni creo en la Metempsícosis; pero esta extraña teoría nacida en el Oriente, «templo de todas las revelaciones y de todos los misterios», esa estram

bótica creencia en las transmigraciones de las almas, si no interesa a mi razón, ha excitado vivamente mi fantasía en determinadas circunstancias de mi vida.

En una de ellas, hallábame yo paseando mi aburrimiento por las callejuelas de un pueblo donde veraneaba (cuyo nombre no hace al caso) cuando ví un grupo de rapaces, que tenían acorralado a un perrillo sucio y famélico, y se entretenían en maltratarle descargando palos y puntapiés sobre su cuerpo escuálido. La pobre bestia aullaba de un modo que movía a compasión, y miraba a sus verdugos con ojos húmedos, llenos de dolor, como implorando misericordia. Me acerqué indignado al corro de pequeños inquisidores, y les eché en cara su barbarie en forma bastante enérgica para que escaparan como gorriones asustados. Me quedé solo con el perro, que tembloroso y jadeante permanecía acurrucado a mis pies, y le acaricié repetidas veces pasando mi mano enguantada por su cabeza; él, reconocido, me dirigía miradas que, ¿por qué no he de decirlo?, me conmovieron profundamente. Te aseguro que aquellos ojos eran humanos, absolutamente humanos...

En los rostros de nuestros semejantes verás

a veces ojos que destilan miradas de lujuria, de bestialidad; otros inertes, apagados, espejos de la imbecilidad o el idiotismo, ojos que podrían figurar muy bien en una especie inferior de la escala zoológica. Los de aquel desmedrado animal tenían una expresión tal de ternura y de agradecimiento, que para sí los quisieran muchas de nuestras actrices en las escenas mudas de algunos dramas... No te rías, y escucha atentamente esta verídica historia, que quizá escribas algún día.

Después de acariciar al perro, emprendí lentamente el camino de mi casa, filosofando sobre la naturaleza de nuestra organización psíquica, y preguntándome si los pueblos haráforas tendrán tan alto concepto, como nosotros, de ese vertebrado feroz, odiosamente dañino que llamamos hombre; y pensaba que, de ser cierta la hipótesis darwiniana, la Naturaleza, no siempre sabia en sus evoluciones, había transformado, empeorándolo, a nuestro simpático primitivo ascendiente...

Cuando llegué a mi domicilio y me detuve un instante en la puerta para encender un cigarro, noté algo que se deslizaba como una sombra a lo largo de la pared. Era el perro, que me había seguido sigilosamente, y que parado a corta distancia, clavaba en mí sus

ojos tristes, y parecía pedirme con humildad que no le abandonara. Y así lo hice. Desde aquel día, el mísero can tuvo lo que tal vez no conoció nunca: un rincón abrigado para dormir, unos magníficos huesos que roer (amén de alguna que otra apetitosa sopa de leche) y una mano que no se alzaba para maltratarle sino que acariciaba suavemente sus lanas bastas, pero lavadas y enjabonadas cuidadosamente. Llegué a tomar cariño a aquel extraño animal, que a todas partes me seguía, silencioso siempre, y que parecía expresarme su fidelidad con aquella mirada que era todo un poema de gratitud.

Un día salí con él al campo para dar un largo paseo. Caminé mucho, y a la caída de la tarde me detuve a descansar en un paraje agreste y solitario. Largo tiempo permanecí recostado sobre la yerba, saboreando la intensa poesía del paisaje acariciado por la desmayada luz del crepúsculo. Cuando me disponía a regresar al pueblo eché de ver la falta de mi inseparable compañero.

Le llamé repetidas veces silbando; pero el perro no acudía, y mis silbidos se perdían en el silencio melancólico de la montaña. Entonces recordé haberle visto entrar en una caverna cuya boca se abría como un bostezo de la

roca, no lejos del sitio en que me hallaba. Dirigíme allí en su busca, y a mis nuevos y reiterados llamamientos respondió el aire gimiendo entre el ramaje de los pinos. Entonces penetré en la medrosa cavidad, encendiendo un fósforo para disipar las húmedas tinieblas que me rodeaban. La gruta era profunda, y conforme avanzaba en ella, el aire parecía hacerse más denso e irrespirable. Pensaba en volverme, dando por infructuosas mis pesquisas, cuando a la vacilante luz del fósforo ví lo que aún ahora no puedo recordar sino estremecerse: Frente a mí había un hombre de mediana edad, pobremente vestido, sentado en una piedra junto a las rocas viscosas del fondo de la caverna. Aquel hombre, con la frente apoyada en las manos, y los codos en las rodillas, parecía sumido en una dolorosa meditación. Yo, paralizado por la sorpresa, no pude articular ni un monosílabo. El, sin cambiar de actitud, dijo tres veces con apagado acento: «¡Gracias!». Luego alzó el rostro muy pálido y fijó en mí sus ojos. Sentí un escalofrío de espanto y el fósforo se apagó entre mis dedos. ¡Aquéllos ojos los conocía yo muy bien, eran únicos, inconfundibles! ¡Eran aquellos mismos que una tarde se clavaron en mí, suplicantes, conmovié-

dome profundamente!... Sí, eran «sus» ojos, ¡lo juro!, húmedos, tiernos, llenos de humildad y reconocimiento. «¿Qué hace V. aquí? ¿Quién es V.?», grité al cabo con voz estrangulada; pero en medio de las tinieblas solo se oía el monótono gotear de las rocas... Trémulo de terror, encendí otro fósforo, y a su indecisa claridad mis atónitas miradas no descubrieron persona alguna; sólo próximo al fondo de la espelunca, al pie de la piedra donde vislumbré la extraña aparición, estaba el cadáver del pobre «Top», el mísero canchero vagabundo que yo había amparado y defendido de la barbarie de los hombres.

JUGANDO (Diálogo-relámpago)

La escena: Un gabinete de la Marquesa de X
Es de noche. Personajes: La Marquesa, viuda
(treinta y cuatro años). Arturo, diplomático (veintiseis años). Un criado.

ESCENA UNICA

(La Marquesa y Arturo, sentados en el sofá, a
derecha).

Marquesa.—Pues sí; esta noche no pensaba recibir a nadie; pero usted, Arturo, es una excepción. Después de no habernos visto hace cerca de dos años, no tendría perdón de Dios si...

Arturo.—No sabe usted cuánto se lo agradezco, Marquesa; pero... (Poniéndose de pie una vez que he tenido el gusto de saludarla no quisiera...

M.—Por Dios, conmigo no debe usted emplear esos cumplidos... Vamos a charlar un rato, si es que el hacerlo no le priva de otras ocupaciones más importantes.

A.—No las tengo; pero aunque así no fuera, saldría ganando con el cambio.

M.—¿Tiene usted la bondad de aproximar aquel veladorcito? (Para sí). Me parece que todavía me quiere... ¡Pobrecillo! ¡Cuánto le hice sufrir antes que emprendiese el viaje! (Alto). Jugaremos una partida de ajedrez, ¿verdad?... Por variar; me aburren las cartas. Además, así recordaremos aquella época en que rara era la noche en que no le tenía a usted delante, dándole vueltas a la imaginación, pensando siempre jugadas muy atrevidas que nunca dieron resultado. (Con coquetería). ¿Ya olvidó todo aquello, Arturo?

A.—No es fácil que yo olvide... ciertas cosas. Corramos el velo del tiempo y... ¡a jugar otra vez! Voy por el tablero. (Ejecuta lo que dice, y lo coloca sobre el velador. La Marquesa queda en el sofá y él se sienta en una silla, para jugar, de espaldas a la puerta izquierda.)

M.—(Presentando a Arturo una caja que contiene las piezas de ajedrez.) Mire qué bonitas son las piezas. Están hechas con un pri

mor admirable. Si usted se fija, notará que las caras de las reinas, a pesar de ser tan pequeñas, tienen cierto parecido conmigo; los reyes son, o quieren ser, retratos en miniatura de mi inolvidable marido. Fué un capricho del pobre Pepe, cuando estuvo en el Japón.

A.—Efectivamente, es muy curioso. (Con una pieza en cada mano.) La reina es una monada, ¡como que es usted! y el egregio consorte, el pobre Pepe... no cabe duda. Muy original. Pero... noto que el rey tiene poca estabilidad (Coloca el rey sobre el tablero varias veces; siempre cae), le pesa demasiado la cabeza...

M.—La corona.

A.—Lo que usted quiera. (Pausa.) A usted le falta su rey, Marquesa.

M.—Sí, lo perdí. (Suspirando.) No puedo consolarme. Era una figura preciosa. ¿Dónde podré hallar otra igual?

A.—(Burlón) En el Japón, tal vez...

M.—A usted, que es diplomático, le encargaré que me proporcione otro igual cuando vaya a aquellas tierras.

A.—Bonita comisión.

M.—Entre tanto sustituyo mi rey con cual

quier cosa. (Buscando en un cestillo de costura.) Por ejemplo, con un carrete.

A.—¿Un carrete? Sí, puede hacer su papel...

M.—«A rey muerto, rey puesto». (Señalando las piezas). Arturo, ¿qué prefiere usted, las blancas o las negras?... Me han dicho que después de sus correrías por Africa, opta usted por las segundas.

A.—Me gustan más las blancas; pero siempre que juego con ellas pierdo la partida.

M.—¿Y ha perdido usted muchas?

A.—¡Ay! ¡Muchísimas, Marquesa! Tengo tan mala suerte y poca habilidad en toda clase de juegos... Si gano al billar es por carambola. De... «las damas» estoy ya desengañado. Las cartas... ¡ah, las malditas cartitas me han proporcionado muchos disgustos! De la lotería no hablemos... ¿Se acuerda usted cuántas veces le propuse unir mi suerte a la suya y... no conseguí nada absolutamente?

M.—Creo recordar que una vez tuvo usted una aproximación.

A.—¡Bah, una cosilla sin importancia! En cambio, en cuanto me retiré, cansado de tentar inútilmente a la fortuna, llegó Pepe, su «pobre Pepe», y... se llevó el gordo.

M.—¡Bien poco lo disfrutó, pobrecito mío!

A.—¡Pobrecito, yo; desgraciado en amor y desgraciado en el juego!

M.—¡Qué modesto es usted!... Pues entre nosotros dos se va a empeñar una partida y me dice el corazón que usted la gana.

A.—¿El corazón? Menos mal.

M.—Hoy creo que no tendrá usted que decir de «las blancas». (Dando vuelta al tablero para que queden las piezas blancas delante de Arturo.) Perdone que le haga cambiar de color.

A.—Demasiado sé que con usted no se puede jugar. Tiene usted el don de adivinar las intenciones a su contrincante y de pararle los pies en seguida.

M.—También adivino el por qué pierde usted tantas partidas.

—A.—¿Por qué? Veamos...

M.—Pues, muy sencillo: No toma usted nada en serio..., se distrae... ¡Y qué distracciones las suyas, Virgen santa! En general sigue usted un sistema que da muy malos resultados; se precipita demasiado y... da los jaques antes de tiempo.

A.—Veo que tiene usted una perspicacia maravillosa. Efectivamente; cuanto más me interesa una partida tanto más deseo conocer el desenlace, y resultado, ¡claro!, perjudicado

Para ciertos juegos se necesita calma y mala intención. Yo carezco de ambas cosas en muchas ocasiones. Esta vez, con usted, procuraré tenerla, y para someterme a prueba le ruego prolongue el juego todo lo posible.

M.—Lo que hay que hacer es empezar. No, to que todo es conversación y ninguno ha movido todavía una pieza. ¿Quién sale?

A.—(Inclinándose). Usted...

M.—Pues tengo el capricho de que dé usted el primer paso...

A.—Lo daré, y lo más largo posible. ¡Adelante!: dos casillas. (Adelanta un peón dos casillas, violentamente.) ¡Cómo se parece mi reina a usted! (En voz baja, mirando a la Marquesa con arrobamiento.) ¡Mi reina! ¡Mi reina!

M.—No avance usted tanto que la va a dejar al descubierto. Yo, en cambio, muevo un caballo. (Con sorna). El pobre está muy fogoso. Le conviene un paseíto...

A.—¡Claro!: Las jugadas con los caballos son las más solapadas. Porque hay que fijarse mucho para saber dónde van a parar. Las mujeres juegan siempre de esa manera.

M.—En cambio, yo veo muy claro que las jugadas de usted, por mucho que disimule, van encaminadas a sacar a «su reina»

de sus casillas; digo, de su casilla... ¿Quiere usted dejarla quietecita y mover otra pieza?

A.—¿Se empeña usted en que la deje en paz?... Aun a trueque de disgustarla me siento inclinado a probar fortuna.

M.—Vamos a ver qué hace usted.

A.—Abreviemos. (Coge una mano a la Marquesa y la dice con fuego): Luisa, la adoro con toda mi alma.

M.—(Soltando una carcajada). Hay que volver la jugada. Eso no vale.

A.—¡Estoy loco, loco y rematado por usted!

M.—(Riéndose cada vez más.) Vamos, quiere usted demostrar que no es cierto aquello de que los niños y los locos dicen las verdades... Es usted un chiquillo. ¡Pobre Arturo! Empezó a jugar bien y lo está echando todo a perder. Por ese camino se pierde.

A.—(Cruzándose de brazos, mohino.) Tiene usted razón. Muchas veces el camino más directo no es el mejor. Voy a cambiar de táctica. (Juegan un instante silenciosamente.)

M.—(Con ironía). Observo que piensa usted demasiado. Yo creía que tenía usted más práctica en este juego.

A.—Apuesto cualquier cosa a que el más

ducho en estas lides, ante usted no daría pie con bola. Sin embargo, no se fie...

M.—No le temo. Estoy preparada para todo.

A.—Y si cuando menos se lo esperase, se viera usted ante el peligro de un jaque, ¿qué haría?

M.—¿Yo? Enrocar... No es ese el camino, Arturo. Para que esta reina (Señalándola.) que tanto le gusta sea suya, es necesario que despeje el tablero haciendo desaparecer el séquito que la rodea y que le impide a usted avanzar. ¿Entiende?

A.—(Contando las piezas que rodean a la reina.) Uno... dos... tres... un caballo... un alfil... y una torre en la casilla inmediata. ¡Caramba! En ese corro de defensores, ¿quiere usted que los llame así?, los tiene usted de todas estaturas y de todas las armas; ¡hasta peones!... Dígame, Marquesa; el tablero de ajedrez ¿no representa nuestro campo de batalla?, y en él las torres, ¿no simbolizan la artillería?

M.—Sí. ¿Por qué lo dice usted?

A.—Nada; que al mirar esa torre, esa torre que no se aparta de la reina, sin saber por qué me he acordado de aquel capitán del décimo Regimiento montado... Gonzá-

lez, si la memoria no me es infiel como usted... como a usted, he querido decir.

M.—¿González? No es decir nada.

A.—Manolo González, que ya es algo ¿verdad?... Aquel capitán que hablaba muy poco de usted y la visitaba mucho. ¿Continúa gozando de... su estimación?

M.—(Ruborizada.) ¿Qué tiene que ver eso con nuestro juego?

A.—Más de lo que usted se imagina. (Su plicante.) ¿Quiere usted que este humilde peón (Cogiendo uno y poniéndose una mano en el pecho) ocupe el lugar de la torre?

M.—(Distraída y mirando a la puerta que está a espaldas de Arturo.) Sea.

A.—(Coloca el peón en la casilla de la torre, tirando ésta con desprecio al suelo.) ¿Quiere usted, además, concederme el ascenso y considerar al humilde peón como si fuera torre, ateniéndose a las consecuencias?

M.—(Distraída.) Concedido.

A.—¡¡Gracias; tengo ganada la partida!
¡Jaqué a la reina!

CRIADO.—(Desde la puerta, discretamente, sin atreverse a entrar.) Señora Marquesa.

M.—(Al criado.) ¿Qué dice usted?

A.—(Sin darse cuenta de la presencia del criado.) ¡Jaque a la reina!

C.—El señor capitán González.

A.—(Volviéndose.) ¿Qué dice usted?

C.—El señor capitán González.

A.—(Levantándose.) ¡¡Su carrete!! (Coge el que está sobre el tablero y se lo entrega a la Marquesa.) ¡Tómelo y consévelo muchos años! Juegue con él, que lo es conmigo... ¡naranjas del Japón!... Precisamente del Japón. Y cuando usted quiera divertirse, cómprese un gorila automático, un perro de aguas, un chinito que le toque la ocarina... ¡Cualquier cosa! ¡Señora mía: a usted ni el diablo le da jaque mate! (Se va furioso.)

M.—(Muerta de risa.) Hasta mañana, Arturito. ¡Le debo la revancha!

TELON

EL SECRETO DE LA ESPIA

El año 1918 el Ateneo de La Laguna celebró un concurso literario humorístico en que el jurado calificador estaba integrado por las señoras doña Eulalia Rodríguez de Francés, doña Laura la Puente de Cabrera y doña María Dugour de Carilla. Uno de los temas de dicho concurso era «Cuento breve en prosa que tiene forzosamente que empezar con estas palabras: «entré precipitadamente en el «hall» donde se comentaba», y terminar con éstas: «y al estrechar su mano dejó escapar una estrepitosa carcajada».

El cuento que transcribimos fué premiado.

Entré precipitadamente en el «hall» donde se comentaba con discretas sonrisas, a la hora del te, la última aventura galante-dramática

tico-burlesca de la baronesa de Atrévete. Algo barruntaba yo de lo ocurrido; pero me faltaban pormenores del reciente suceso, y con esperanza de obtenerlos había acudido presuroso al «Palais Doré». (Sin duda, como Nerón prendió fuego a Roma según dicen, para levantar su «Casa de Oro», todas las poblaciones de alguna importancia se creen en la necesidad de contar con un Gran Café o Gran Hotel, más o menos «Dorado» y más o menos cursi).

Mis esperanzas de información no resultaron fallidas. El elorótico vizconde de Camama que, «desplomado» en un diván, bostezaba de una manera elegantísima, al verme entrar en el «hall» fijó en mí su mirada de una vaguedad «ultra-chic», y con la mano en que sostenía un diario conservador me hizo señas de que tomara asiento a su lado.

—Ya sabrás...—me dijo.

—A medias. Necesito datos; por eso entré aquí de un modo ciclónico... (¿te gusta la frase?). Sabes que soy curioso, que soy periodista (perdona la redundancia), que escasean los asuntos para pergeñar una cróniquilla...

—Escribirás una muy regocijada, cambiando los nombres, por supuesto y que po-

drás titular «El secreto de la espía». Escucha:

—Tú sabes, querido, que la fealdad de la baronesa de Atréveté es de todo punto inadmisible; una fealdad hiperbólica, definitiva, alarmante, capaz por sí sola de dispersar una manada de búfalos salvajes. Sabes también que, aunque abusa de los afeites no puede ocultar que marcha por la curva descendente de la vida con una velocidad cometa. Lo que quizá ignores es que la baronesa tiene dos «debilidades»: una, la de besar apasionadamente y delante de todo el mundo a su perrito, el cual, con ojos tristes y legañosos, parece protestar de tan desagradables excesos: debilidad cerebral... Otra la de sentir una irresistible inclinación por el duquesito de Pega: debilidad cardíaca... A pesar de estas cualidades poco atractivas la baronesa reúne otras que la hacen sumamente agradable. Además es viuda sin hijos, y con sesenta mil duros de renta. Pero no divagemos, y vamos directamente a nuestro sainete, cuyo magistral desempeño tuvo lugar en París donde se encontraban la baronesa y el duquesito que, por cierto, anda muy mal de cuartos... ¡No olvides este detalle!

En la capital de Francia, igual que en to

das partes, con motivo de la guerra se ha exacerbado entre los policías la «manía persecutoria»; pero «al revés», como comprenderás... Allí, a más de un detective que no sabe donde tiene la mano derecha, los dedos se le antojan, no huéspedes, sino sujetos terriblemente peligrosos para el Estado. Figúrate que uno de estos finos sabuesos llega cierto día a un café, y que se sienta a meditar ante una taza de obscuro y humeante líquido. Cierta mosca—¡desdichada!— que había probado sin duda, el aromático brevaje, yacía al pie del platillo, inmóvil, las patitas rígidas... El policía secreto que, aunque lo ocultaba, tenía un corazón más sensible que el paladar, apartó la vista de tan triste espectáculo y convirtió los ojos al diván donde reposaba... ¡Cielos, allí había un papelito arrugado! Cogerlo, desdoblarlo, y leer lo que en él estaba escrito, fué cuestión de tres segundos. El papel era un plieguecillo satinado; como membrete ostentaba una diminuta corona y debajo esta palabra: ATREVETE. Después, unos renglones trazados con lápiz que decían así: «No nos vemos hace seis días; has olvidado el juramento que te compromete. Esta noche en la Embajada. Sé reservado. Turco prisionero en casa, no corre ya peligro;

le salvaste la vida», y como firma unos garabatos ininteligibles...

Nuestro Sherlock Holmes sintió un leve escalofrío, y ya se disponía a guardar el tesoro manuscrito, cuando un joven, muy bien peinado, en quien no reparó antes y que había estado buscando algo debajo de la mesa, se le acercó cortesmente.

—Caballero—dijo sonrojándose—, ese billete que usted lee es mío: haga, pues, el favor de entregármelo.

El detective sonrió, irónico...

—Imposible, imposible. Debo hablar con usted muy despacio. Salgamos.

El joven siguió al policía; pero una vez en la calle le arrebató ágilmente el papel, resonó una magnífica bofetada y el duque de Pega—pues no era otro el jovencillo—desapareció como por arte de encantamiento.

Nuestro Sherlock Holmes, a pesar de tan grave contratiempo, no se abandonó a la desesperanza. «Me han quitado el papel—pensó—; pero tengo memoria y conozco lo bastante el castellano para saber que ese mequetrefe tiene una cita esta noche en la Embajada española. ¡A ella, pues! ¡Siempre adelante!!...» Y echó a correr como el soldado de Maratón.

Lo que hablara con nuestro representante en París, se ignora; lo que sí puedo asegurarte es que aquella misma noche, con motivo de no sé qué festividad, se celebró en la Embajada una «soirée», y que a ella no faltó el sagaz detective, convenientemente disfrazado. Cuando éste vió entrar en los salones al duquesito de Pega, se estremeció de orgullosa satisfacción; cuando le vió sentarse junto a la baronesa y conversar animadamente con ella, sus palpitaciones cardíacas llegaron al alarmante número de 150 por minuto... Sin embargo, aparentando serenidad se acercó disimuladamente a la pareja para sorprender algo de la conversación; pero... (¡oh, diablo!) los sospechosos hablaban en voz muy baja... El detective sólo pudo apreciar cómo la baronesa de Atrévete sonreía dulcemente a su interlocutor... ¡Imagínate a un cocodrilo tratando de sonreír como la Gioconda!...

El de Pega se retiró temprano; mas, antes de salir de la Embajada, otro distinguido joven español se le acercó, diciéndole «sotto voce»:

—¡Chico, vaya un «flirt»!... ¿Quién es esa con quien hablabas?

—Espía... Lo sabes mejor que yo. ¡Vete a paseo! Abur.

Esto es lo que oyó el detective con toda claridad. ¡«Eureka»!, se dijo, «¡ya están cogidos!»—y comenzó a escribir notas febrilmente en su cartera de bolsillo.

En fin, para no cansarte: al día siguiente la policía se presentó en el hotelito de la baronesa para practicar un minucioso registro. La señora se mostró sorprendida e indignada.

—Madame—le dijo el detective, chapurreando el castellano— us... usted... espía... espía...

—¿Qué confianzas son esas?—contestó furiosa nuestra paisana—. Sí, soy Pía, la excelentísima señora doña Pía Pérez del Comendado, baronesa de Atrévete.

El detective sonrió como un florentino.

—Madame, usted oculta aquí a un turco prisionero... Usted salvó su vida...

—Sí, sí, aquí tiene usted a «Turco» que aunque prisionero en casa porque el pobrecito está aún delicado, ya no corre peligro su vida y no fui yo quien le salvé de la muerte, sino el veterinario que me recomendó mi amigo el duque de Pega...

Y al decir esto, ponía el hocico feísimo de su perro ante los ojos incrédulos del detective...

—Madame—continuó éste impertérrito—y

debo hacer un registro completo, minucioso, en su casa... Ya he visto todo, menos el interior de ese armario ropero...

—¡¡ Ah, eso sí que no, no y no!!—gritó la baronesa con espanto; y abriendo los brazos como una X, se colocó resueltamente ante el mueble, cuya madera, sin duda por el calor, crugía levemente...

—Madame, yo sé que usted no fuma... su perrito tampoco... y sin embargo yo veo encima de esa mesa un cenicero con colillas de cigarrillos, todavía calientes...

Al llegar a este punto, la baronesa—¡la pobre!—cayó desmayada con los brazos abiertos aún, como si hubiera querido ahogar al detective...

Y aquí acaba mi folletinesco relato. La baronesa, después de estar detenida durante unos días, fué puesta en libertad y marchó a Suiza con su perro, por supuesto.

¿Qué es lo que ocultaba en el armario?
¿Qué encerraba en el misterioso mueble?...
Amigo mío, ese es el secreto de la «espía...»

Y diciéndome esto, el vizconde de Camama me guiñó un ojo con muchísima gracia; y al estrechar su mano dejó escapar una estrepitosa carcajada.

LA CARRETERA DE TEJINA, Y FRAY LUÍS DE LEON

Mi amigo don Patricio Estévez me ruega que escriba una crónica... ¿Sobre qué escribiré, sumergido en esta Laguna placida, tranquila, letárgica, infinitamente higiénica y singularmente blasonada?... Son las diez de la tarde. Un sol espléndido cae, con una bendición del cielo, sobre la quietud de la calle, donde la yerba crece para regalo de los ojos y regocijo de los pollitos que picotean sin que nadie les moleste. En la penumbra de mi cuarto, trece cabezas cuelgan de la pared como otros tantos decapitados. Son retratos de mis ascendientes. Si quisiera saber por qué, me acuerdo de una novela

que se titula: «Siete generaciones de Verdugos»...

Un reloj deja oír su golpeteo monótono, invitando a dormitar:

Un chiquillo llama suavemente a la puerta de la calle.

—¿Quién?

—¿Compan berros?...

—No.

Transcurren diez minutos y vuelven a llamar.

—¿V. quiere una samita?

—¡Que no!

Y vase... Profundo silencio después. Al cabo de un instante:

—Quién llama.

—Paz.

—¿Qué desea Paz?

—De parte de Doña Filomena, que si hacen el favor de darle una matita de perejil?

—Sí, espera un momento.

Pasa un cuarto de hora. Nuevos aldabonazos:

—¿Quién?

—¡El cieguito de los miércoles!...

¡Oh, vida dulce y patriarcal! ¡Oh, Fray Luis de León: Qué suavemente se hubieran

deslizado aquí sus días, traduciendo églogas de Virgilio.

«A solas, sin testigo (¡claro!)
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo...

Y meneando sabiamente tu plectro, como
anhelabas!...

¡Aquí si que hubieras escrito doble «re-
ción» de versitos cloróticos a tus amigos
D. Francisco Salinas, D. Pedro Portocarrero,
D. Felipe Ruiz, D. Oloarte; y a Nuestra
Señora!

¡Oh, mansísimo León!: ¡Cuántas veces
me he acordado de tí y del—en sus manos—
maltrecho poeta de Mantua, viendo la ca-
rretera de Tejina con sus risueñas perspe-
ctivas y sus pequeños Alexis, Coridonés, Ti-
liros, Melibeos, Dametas, Menalcas, Pal-
mones, Sicelides, etc., etc...! ¿Qué pensa-
rían si ante algunos de ellos me plantara
yo, calado el monóculo, y dijera:

«El mal destes corderos no es causado
de amor, y tienen solo hueso y cuero.
No sé cual ojo malo os ha mirado?».

O aquellos otros versos de la 2.^a Egloga:

«Tengo dos corzos que una oveja cría
de pelo blanco a manchas variados
agótanle las tetas cada día
y fueron con peligro mío hallados.»

Seguramente, los pastorcitos del «Camino de las Mercedes» me echarían los perros... Si así fuese, yo me volvería fieramente, antes de apretar a correr, y les diría:

«Despreciásme arrogante, y no te curas
de mí, ni de saber cuanto poseo
en queso y en ganado.»

Y si persistían en amenazarme, les haría huir despavoridos, diciéndoles esta estrofa capaz de producir una hemorragia interna:

«Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza y el dinero.»

¡Oh, calumniados poetas modernistas:
releed esos primorosos versos de la nunca bien

ensalzada oda. «La vida del campo» (plagiada de Horacio) que figura como modelo en Retóricas donde los pobrecitos niños aprenden que es canela fina! Si os parecen molestos a oído, no importa, son muy clásicos... No se ocurra decir como «el otro»: Fray Luis: ¡más odas!... si sois aficionados a los logros podéis recrearos con la siguiente disposición poética del dulcísimo Luis:

«No te engañe el dorado
vaso, ni de la puesta al bebedero
sabrosa miel cebado.
Dentro al pecho ligero
Cherinto, no traspases el postrero.»

O esta otra:

«El uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo guía
en alta mar lanzado
apenas el navío desarmado.»

Yo debo tener menos sentido común que un colchón de muelles; porque he leído estas dos estrofas, lo menos treinta veces, sin con-

seguir entenderlas. He probado leerlas al revés, y tampoco he conseguido nada.

Ya lo ha dicho Jacinto Benavente: «Más se admira a los clásicos por muertos que por clásicos»...

Conocida es la anécdota de aquel famoso escritor, que, a punto de morir, reunió junto a su lecho a todos los miembros de su familia, para revelarles el gran secreto que había ocultado toda su vida:

—Sabed—les dijo con voz desfallecida—
«que... me molesta el Dante»...

Si no fué precisamente el verbo «molestar» el que empleó, fué otro casi sinónimo y menos apropiado a aquellas solemnes circunstancias...

Yo, sin aguardar a la hora de la muerte, me complazco en parodiar a aquel original sujeto que no quería abandonar este valle de lágrimas sin quedar en paz con su conciencia, y digo: la prosa de Fray Luis de León me encanta; pero sus versos, me... «molestan».

Lo cual les importará un «confetti» a mis lectores; en cambio, yo: ¡me quedo tan descansado!...

Y ahora caigo en la cuenta de que este

artículo no tiene pies ni cabeza, y de que
la carretera de Tejina, en ciertas ocasiones,
puede conducir directamente a los «cerros de
Ubeda».¹¹³

UN RECUERDO DE ICOD

De la villa de Icod—Icod de los Vinos, no hay que olvidarlo,—conservo recuerdos gratísimos.

Los icodenses practican con sincera y cordial efusión la virtud de la hospitalidad, y se desviven por atender y agasajar a sus huéspedes. Me complazco singularmente en consignarlo aquí, y estas líneas, con las que les expreso mi gratitud, sirvan también de preámbulo a lo que va, no «de cuento», sino «de historia.»

Fuí a la pintoresca y simpática villa por primera vez, hace pocos años, en compañía de varios artistas y literatos, invitados todos a tomar parte en cierta velada que se celebró en un lindo salón-teatro y con fin benéfico.

No hay para qué decir que, siendo Icod famoso por sus viñas, y habiendo organizado la fiesta excelentes amigos nuestros, sabedores de que entre los que íbamos no se contaba ningún enófobo, ni un hidrópota, ni un abstemio, las atenciones, agasajos y obsequios casi (?) rebasaron el límite en que corre grave peligro esa continencia que, en estilo tan ameno, recomendó Kitchener a sus soldados...

A las tres y media de la madrugada, el número de cascotes de botellas «liquidadas» en un departamento del «Centro icodense» era, de fijo, mayor que el número de cascotes de granada que hoy puedan encontrarse sobre las llanuras del Iser o que el número de cascotes de caballos de toda la caballería cosaca a las órdenes del Gran Duque Nicolás.

Aquello era algo imponente. Fué absolutamente preciso retirarse a la defensiva y descansar.

Con mi compañero de hospedaje—magnífico prosista y mirífico potista—fuíme a la fonda. Se aproximaba el día.

Cuando quedamos solos en nuestra habitación, buscamos, con ansia, algo que no pudimos encontrar...

Y nos miramos consternados: Teníamos

una sed inefable, una sed hiperbólica, una sed sólo comparable con la de los seiscientos mil y «pico» de israelitas, juntos, cuando conminaban en el desierto a Moisés para que les diera un refresquito a base de protóxido de hidrógeno... Pero, ¡ay!, en el dormitorio no había ni una gota de agua que pudiera beberse, ni se vislumbraba la peña de Horeb, ni siquiera la varita mágica del gran zahorí. ¿Qué hacer?...

Llamar, ¿a tales horas!, para pedir dos vasos de agua era una inconsideración ridícula. El comedor estaba cerrado... ¿Qué hacer?... Nuestra imaginación, sin freno, evocaba las cataratas del Niágara y las lluvias torrenciales de los trópicos...

En estas vacilaciones, sentimos unos pasos, quedos, en el pasillo: Era la dueña de la fonda. ¡Estábamos «salvados»!

La llamé, discretamente:

—Señora, no quisiera molestarla; pero puesto que se ha levantado V., ¿sería tan amable que nos proporcionase un poco de agua fresca?

—«Ahorita mismo»—contestó atentísima.

Transcurridos unos instantes, volvió con el ansiado líquido.

Nos disponíamos a consumirlo, con mal

disimulada avidez, cuando, de pronto, la señora nos arrebató los vasos, y con ellos y la bandeja desapareció de nuestra presencia, no sin antes decirnos desde la puerta, como asustada de un error involuntario e imperdonable: «¡ay, dispensen ustedes!».

—Debe haberse equivocado—observó mi compañero—y nos ha traído una medicina.

—¡Agua, «hermana agua»!—exclamé yo, casi con la misma amorosa ternura de San Francisco de Asís...

Súbitamente ocurrió algo terrible e inesperado: ante nosotros reapareció la buena y atenta fondista con una amable sonrisa y dos copas enormes, llenas ¡completamente llenas! del mejor, del más fuerte, del más añejo vino que pudo encontrar en la casa.

Abril, 1915.

LA LAGUNA CON «POSMILLA»

Al imperturbable lagunero
Leoncio Rodríguez.

Después de estornudar tres veces, sacudo el impermeable, abro una puertecita con cristales discretamente empañados, y entro en la habitación donde

«la araña del fastidio
tendió por las paredes
que la humedad socava,
el polvoriento encaje de sus redes...»

A la luz cenicienta de la tarde, contemplo el artístico anuncio de galletas que representa la cabezota de un león: tiene las enormes fau-

ces abiertas... Parece bostezar, desesperadamente, de aburrimiento...

Dos ojos burlones asoman tras de la barrica, quiero decir, tras de varias barricas, cuya vejez me impone un repeto casi religioso.

—¿De qué va a ser la...?

—Lo sabes perfectamente, chiquillo. No pierdas el tiempo haciendo preguntas inútiles.

—El tiempo... Aunque se pierda, no importa: ¿Ha visto usted qué pesado se ha puesto? ¡Ay, esta «posmilla»!

—¿«Posmilla»?... ¿qué es eso?

—Pues el aguaita menuda que cae y cae, cae hace tres días.

«Posmilla... posmilla...» Esa llovizna se llama «orvallo» en Asturias; en Vizcaya «chiri-miri», en otros sitios «calabobos»; también he oído llamarla «chipichipi»; pero eso de «posmilla» me gusta más; es altamente expresivo. Tú, pequeño Ganimedes, ya que no el vino, bautizas el agua del cielo (lo cual es como llover sobre mojado) imponiéndole el agradable, el simpático nombre de Posmilla. Muy bien: no volveré a emplear otro.

rabien los bruñidores de nuestra lengua.
(Hogaño muy sucia, por desgracia).

Amigo Leoncio: puesto que usted quiere que diga algo sobre su pueblo natal, declaro que me seduce, que me atrae singularmente La Laguna «con posmilla»... Es más, creo que sin ella no está «en carácter» la severa ciudad de los caserones blasonados, de los dormidos conventos, de las plazas desiertas, de los espléndidos huertos floridos, ócultos entre muros decrepitos...

El monótono, incesante lagrimear de un cielo gris, armoniza perfectamente con el letárgico reposo de las rúas en la paz dominical, con esa vaga tristeza que parece flotar sobre los añosos eucaliptus de la Carretera de Tejina, las acacias del Paseo de la Universidad, y las mustias retamas del Camino de San Diego.

Uno de los rincones típicos de la vieja ciudad, es cierta esquina de la calle del Remojo y en día de lluvia... Esta última condición, que parece una redundancia acuática, es necesaria para sentir toda la poesía, ciertamente húmeda, del lugar en cuestión. Esto me esforzaba yo en hacérselo comprender «sobre el terreno» una tarde, y a la hora del

crepúsculo, a un mi amigo poco observador, y algo reumático.

—Es inútil, no te canses,—me replicó—no siento nada... es decir, siento frío por la espalda; pero no es de emoción... Esa vista que te enamora debes copiarla a la «aguada» o al «fresco». Adiós...

Y me dejó solo, arrimado a la pared de una casa, bajo el tejeroz cubierto de berodes, que goteaba de modo alarmante...

Ante mí, sobre fondo de nubarrones plomizos, donde la luz agonizante ponía reflejos lívidos que copiaban los charcos, destacábase la torre del Instituto como una masa oscura, color de herrumbre. Allí, la esfera del reloj ostentaba inútilmente sus horas... ¡las horas, que a distancia parecían todas iguales!

¡Oh, la melancolía de las flores que se abren, tímidas, tras los hierros de la verja en la quietud de aquel patio escolar silencioso!...

X

Don Miguel de Unamuno—sabio «jongleur» de la paradoja y detestable versificador—sintetizaba pintorescamente en cuatro palabras la impresión que le produjera esta simpática ciudad de los Adelantados: «Una

calle solitaria muy recta, muy mojada, y al final de ella un cura con un paraguas.»

Es un apunte acertado, no exento de humorismo, que recomiendo al artista Juan Bortas (fiel amante de La Laguna) para que pinte un cuadro tan sencillo como encantador...

1915.



ABALORIOS

«Matar el tiempo»: He ahí un crimen que no causa remordimientos; quizás por la frecuencia con que se comete... Sin embargo, instintivamente nos avergonzamos de él, porque muchas veces decimos: «Voy a hacer tiempo», cuando en realidad lo que hacemos es todo lo contrario: «matarlo».



Conozco a muchos individuos que pasan por talentados, y no tienen de Salomón sino el desmedido amor a las mujeres.



«Ama a tu prójimo como a tí mismo». No falta quien transforme ese precepto en este otro: «Ama a la mujer de tu prójimo como la tuya propia».



Hay muchos señores majestuosamente serios, que sueñan, sin duda, con que en el mundo social rija también «la ley de la gravedad». Y de eso protestamos, francamente los que no tenemos nada de «graves»...



Decía Víctor Hugo: «La inteligencia es la esposa, la imaginación la querida, la sirvienta es la memoria». Un docto amigo mío se divorció para casarse con la criada.



Si el gran San Francisco de Asís hubiera sido capaz de emplear la sátira mortificante de aquello de... «hermano lobo», hubiera quedado como un modelo acabado de ironía.

La envidia se manifiesta generalmente de tres maneras: torpe cuando censura, perspicaz cuando calla, habilísima cuando aplaude.



Con sólo el ejercicio de la atención se desarrolla el entendimiento.



Una cosa es la Humanidad y otra la Geometría Plana. Hay hombres «rectos» muy «obtusos».



La dignidad del hombre es incompatible con la adulación.



Si yo tuviera a un lado el «Coloseo» y al otro el «Hermes» de Praxiteles, volvería desdenosamente la espalda a aquella muestra gigantesca de la ostentosa magnificencia romana, para contemplar el divino mármol en que resplandece la gracia y la voluptuosa espiritualidad de Atenas.

Una de las cosas que más me dan que pensar es el por qué la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal. Precisamente de sal.



Es lamentable que, en general, los hombres verdaderamente buenos nos aburran tanto.



Para ciertas almas sensitivas, la música de Chopín es mucho más peligrosa que las novelas de Gabriel D'Annunzio.



Oyendo la música de Wagner pienso involuntariamente en Miguel Angel y en Víctor Hugo.



La pedantería es patrimonio de los tontos y de los cursis, que son «primos hermanos».



Debía ocurrir con los pueblos lo que con

los hombres, que son más grandes olvidando sus proezas y sus glorias que recordándolas y celebrándolas.



Un hombre que hable poco, nunca es completamente tonto.



Esa leve expresión de angustia que caracteriza a los rostros que esculpió Scopas, me interesa muchísimo más que la enigmática y decantada sonrisa de Gioconda. ¿Qué sombra trágica besó en la frente a aquel sublime artista?... Scopas debía presentir la muerte de los dioses.



¡Ah, si Adán se hubiera ahorcado colgándose del árbol del Bien y del Mal, no se hubieran publicado las novelas de Salgari ni las de Doña Carolina Invernizio!



El Pueblo, como los niños voluntariosos, se encapricha, a veces, por las cosas más inútiles o insignificantes; por ejemplo: cuando pedía la cabeza del Conde Duque de Olivares.



Hay sujetos que en todos los actos de su vida proceden como personas decentes. ¿Será por el afán de singularidad?...



Nunca hacemos un favor verdaderamente desinteresado; por lo menos nos guía la idea de que nos paguen con agradecimiento... Merecemos, pues, que el favorecido resulte, a veces, uno de esos que para las deudas de gratitud es, en absoluto, insolvente.



Tras de aquella famosa frase: «El Estado soy YO», tenía «forzosamente» que oírse aquella otra no menos famosa: «DESPUES DE mí EL DILUVIO». El trazo rojo de la

Revolución francesa subrayó la última para que los pueblos no la olvidaran.



Hay palabras sagradas y misteriosas. ELECTRA es una de ellas: Tiene el brillo relampagueante de un divino meteoro.



Imagináos un hombre de marcial empaque, de formidables mostachos, que encendiera dos velitas rizadas en un altar y ante él se hincase de rodillas diciendo: «Dios mío: concédeme tu ayuda porque quiero reventar a «un prójimo» que presume de ser más «guapo» que yo. ¡Haz que esta humilde criatura sufra el menor daño posible! Inspírame toda la «premeditación y alevosía» propias del caso, y concédeme hasta la «nocturnidad» si fuere necesaria... ¡Señor, señor: Tú que no abandonas a los pajarillos estoy seguro de que estarás conmigo!»

Este individuo de los formidables mostachos y de cuyas sinceras intenciones no es posible dudar, puede muy bien ser un sím-

bolo de cualquiera de las naciones beligerantes que han celebrado sendas solemnidades religiosas para impetrar del Altísimo el triunfo de los ejércitos, sin perjuicio de poner en juego después todos los ardides, estratagemas, tretas, astucias y cruentas bestialidades que exige la guerra. (1915).



De «Las Meninas»—ese maravilloso lienzo que se venera en el Museo del Prado—dice Lucas Giordano: «es la teología de la pintura». ¿A que resulta que el famoso admirador de Velázquez era panteísta?...



Para un mahometano rico, los monógamos deben ser «casos» curiosos: algo así como hombres con «una sola costilla».



La lisonja es el oro falso con que algunas veces los miserables consiguen sobornar a los poderosos.



Cuando somos felices, quisiéramos que lo demás lo fueran también, no por amor a

prójimo, sino todo lo contrario, por evitar que el espectáculo de los dolores ajenos pueda amargar nuestra ración de felicidad.



Estudiar la Historia «a través de la mujer» es como observar las grandes figuras de aquella con una lente cóncava: las vemos empequeñecidas.



Es inútil que, como Anacreón, nos coronemos con flores para el banquete de la vida. No se funde la nieve de las canas con las rosas encendidas que ceñimos a nuestra frente...



¡Qué desagradable es un hombre que se esfuerza en ser agradable a todo el mundo!



La censura más insidiosa y más mortificante es la que tras discretas alabanzas pone un «pero» y unos puntos suspensivos... Estos

vienen a ser como microbios peligrosísimos que quedan dispersos y flotando en el ambiente.



Se cuenta de una princesa muy fea que por parecerlo menos, pintarrajeaba de un modo grotesco el rostro de las damas que tenía a su servicio. Una cosa análoga hacen los que solo hablan de los defectos ajenos.



En mis paseos campestres contemplé en cierta ocasión, pensativo, a una cochina bien cebada que gruñía satisfecha a la sombra protectora de un grandísimo alcornoque. Más lejos, una blanca paloma que se remontaba a lo azul, cayó herida por la bala de un cazador. Sentí frío y me alejé a prisa de aquellos lugares entre el burlón flauteo de los sapos que pululaban en las charcas lívidas...

